

Cierto día, un extranjero de aspecto venerable, de rostro melancólico y dulce, llamó á la puerta del convento de Corvo. Hízosele entrar y empezó á pasearse mudo y pensativo por el claustro. Su fisonomía mostraba las señales de la pena y de graves pensamientos. Acercósele un fraile y le preguntó dulcemente:—«Extranjero, ¿qué buscas aquí?»—«La paz»—respondió—«¿Cuál es tu nombre? ¿de dónde eres? ¿qué es de tu vida?»—«Me llamo Dante». ⁽¹⁾

¿Quién sabe en lo que se hubiera convertido el gran poeta, si en aquella hora de prueba no hubiese encontrado un asilo, y, con el asilo, la paz?

Nadie tiene más necesidad de semejante refugio que los miembros mejor dotados de la humanidad. Los corazones bajos encuentran fácilmente en el mundo la satisfacción que necesitan. Con tal que coman y beban bien, que vivan en la riqueza y los placeres, tienen todo lo que desean; pero los corazones nobles y los espíritus sublimes sucumben rápidamente, si no encuentran otra cosa.

Pocos hombres notables hay que no hayan tenido esas horas en que se hubieran perdido, si no hubiesen encontrado un refugio fuera del mundo.

Todo arranque poderoso del espíritu, toda dilatación considerable del corazón, toda acción verdaderamente grande, de tal modo sobreexcita, oprime y lanza al hombre fuera de sí, que fatalmente sucumbiría, si en esa lucha entre el ideal más elevado y la realidad, entre los esfuerzos sobrehumanos y la debilidad humana, no encontrase dos cosas: la soledad y la paz.

¡Ah, que no puede uno hacer comprender estas torturas de los grandes espíritus y de las almas grandes á esos hombres de madera, de plomo, de hierro, que dirigen el mundo tan despiadadamente con sus legajos de papel! Sin duda que ellos no tienen necesidad de asilos para preservarse de los sufrimientos del espíritu. Con tal que vayan por la noche á un café para hacer desaparecer de su garganta el polvo á ella adherido en las horas pasadas en

(1) Kenelm Digby, *Ages of Faith*, b. 10, ch. 12 (III, 404).

su despacho, queda satisfecha su ambición. Encuentran en él su asilo y aun su Eliseo.

Pero en nombre de todos los espíritus nobles y grandes, reclamamos otros asilos para la humanidad, asilos de calma, de soledad, de paz. Numerosos eran en otro tiempo; pero desde que han sido profanados y destruídos, desde que los han reemplazado con manicomios donde se encierra á los genios desdichados, encuéntranse los mayores talentos en la alternativa de perecer en la demencia ó en el suicidio. Testigos: Hölderlin, Lenz, Hebbel, Lenau, Majlath, List, Jaffé, Mauricio Wagner, Byron, Leopardi, Mauissant, Nietzsche y cien otros.

Antiguamente, semejantes espíritus llamaban á la puerta de un convento para buscar en él la paz, y cuando lo abandonaban, salían de él más fuertes y más aptos que antes para las grandes empresas. Así, Petrarca, Miguel Angel, el Tasso, Colón, Camoens, Vittoria Colonna. En los claustros fueron á buscar y encontraron: Alfredo el Grande y Carlomagno la fuerza, San Enrique y San Luis el valor, Carlos V el reposo. ¿Quién podría citar todos los grandes espíritus que se dirigieron á Cluny, Montecasino, Camaldoli, Asís, San Marcos, María Novella, Manresa, Gesù, y á la Gran Cartuja?

No buscaban más que la paz, y en ellos la encontraron. Y entonces, reconciliados consigo mismos, con el mundo y con Dios, emprendieron nuevos trabajos intelectuales y cosecharon nuevas conquistas y nuevas victorias.

12. Las Órdenes y la historia del reino de Dios sobre la tierra.—Ciertamente que sería un trabajo que valdría la pena mostrar con hechos cómo ya en el dominio natural, las grandes obras, las victorias imperecederas del espíritu sobre el mundo de los sentidos, están íntimamente ligadas á los conventos.

Pero todavía sería más importante un trabajo profundo que, en medio de la historia, mostrase cómo el destino del reino de Dios en la tierra, á través de los siglos, no sólo

está ligado del modo más estrecho á la vida religiosa, sino que hasta depende de ella.

Los tiempos de decadencia en la vida religiosa, han sido también épocas de debilidad para todas las condiciones de la cristiandad. Pero apenas volvía á florecer la disciplina monástica, cuando toda la Iglesia buscaba á sus pastores, incluso al mismo Papa, entre los que habían aspirado un nuevo espíritu.

La renovación de la vida monástica ha sido siempre seguida inmediatamente de una época de esplendor en la Iglesia. Baste recordar á Chrodegang y San Benito de Anano, Cluny, Camoldali, Vallumbrosa, Cîteaux, á las grandes Órdenes mendicantes de la Edad Media, á Cayetano de Tiena, San Felipe Neri y San Ignacio de Loyola.

No es declamando contra la debilidad actual de las Órdenes, ó disfrazando apenas el júbilo maligno que sienten por no verlas ya, como otras veces, eclipsar la actividad del clero secular, como puede ser uno útil á la Iglesia. Todos los que abrigan sentimientos verdaderamente católicos, esto es, todos los que se dan cuenta de las necesidades de la cristiandad, deben ver precisamente en esto una apremiante invitación á hacer todo lo que está en su poder para despertar en las Órdenes, desde luego, la convicción de la necesidad de una reforma á fondo, y después, para reanimar, defender y fomentar toda tentativa en este sentido.

13. Dificultad de reformar las Órdenes.—Sin duda alguna que es una obra de celo de la caridad católica, tan meritoria á los ojos de Dios, como exigida en ventaja de la cristiandad entera, ayudar á la renovación de las Órdenes con el estímulo y la oración.

Pocas empresas hay que ofrezcan tantas dificultades como ésta.

Con frecuencia se extrañan muchos de que las reformas de las Órdenes se hayan logrado con mucho trabajo, ó no hayan tenido éxitos duraderos.

Sin embargo, es esto muy fácil de comprender. Cuanto más elevado es el fin de la perfección, y cuanto más la naturaleza perezosa del hombre se complace en evitar lo serio y lo formal, más obstáculos hay que vencer. Pero cuando el espíritu del mundo, la molicie y el temor á los esfuerzos personales han penetrado en las esferas eclesiásticas y en ellas se han arraigado, en parte con el concurso de la propia cobardía y del amor á la comodidad, se multiplican las dificultades.

Todos conocemos al hombre. ¡Cuántos trabajos son precisos para hacerle comprender que su modo de pensar y de obrar no es justo, ó, por lo menos, suficiente! Pero para arrastrarlo de este conocimiento á la confesión de su ignorancia, no bastan las fuerzas puramente humanas. Y cuando se le ha conducido hasta este punto, todavía no se ha hecho gran cosa. Viene entonces aquello de lo cual todo depende: poner en práctica lo que ha sido reconocido como verdadero. Aquí se amontonan los escrúpulos. «¿Qué dirán los otros? Esto producirá trastornos. Verdad es que hay que hacer algo. Hermoso sería que todo estuviera en orden. Pero esto ha marchado bien hasta ahora. Por otra parte, esto no es lo mejor. En resumidas cuentas, es imposible».

Por esto el venerable Raimundo de Capua, exclamaba con frecuencia, suspirando en sus tentativas de reforma: «Es más fácil fundar una Orden nueva, que regenerar otra en decadencia». ⁽¹⁾ Y Gregorio XV dice: «La reforma de las Órdenes es una de las principales empresas, y una obra excesivamente difícil para cualquiera. Pero es una obra soberanamente saludable para la Iglesia». ⁽²⁾

Así, no es superfluo observar que, como dice Santa Catalina de Sena, «esta reforma, como toda reforma en la Iglesia, sólo puede realizarse con muchas oraciones, suspiros y lágrimas», ⁽³⁾ y con la más íntima unión,—sin ella

(1) Steill, *Ephemerid. Dominican.*, II, I, 561.

(2) Gregor. XV, *Bulla canonis. S. Teresae*, Bolland. Oct., VII, 418, n.º 1395.

(3) Raimund. Cap., *Vita S. Cath. Sen.*, 3, 2, 344 (Bolland).

ya no sería una obra católica,—entre todos aquellos á quienes la gracia de Dios ha dado luces y energías suficientes para realizar esta empresa.

14. La más apremiante empresa de estos tiempos.—¡Plegue al Espíritu Santo, fundador de las Órdenes, inspirar á todos los miembros de su Iglesia, á los superiores, á los párrocos, á los religiosos y á los laicos, la certeza inquebrantable de que, entre todas las empresas del mundo, la renovación de la vida religiosa es una de las más apremiantes!

Grandes é innumerables son las cuestiones que en la hora actual esperan solución. Con frecuencia también nos causa vértigo su cantidad, y con frecuencia no sabemos por donde empezar.

Pero, para el que comprende lo que hay de más íntimo en la vida cristiana, la respuesta no puede ser otra que la siguiente: La reforma de las Órdenes se impone ante todo. Realizada que sea, quedará asegurada la única cosa necesaria, la aspiración á la perfección, y esto es lo que salvará al mundo.

Cuando las Órdenes encuentren de nuevo su antiguo esplendor, el mundo tomará de nuevo en serio al Cristianismo, para mayor bien de la Iglesia y de la sociedad.

CONFERENCIA XVI

JESUCRISTO, FUENTE Y MODELO DE TODA PERFECCIÓN

1. El hombre necesita un sostén para ser fuerte.

—No hay nada tan débil que haya que desespérer de ello, ni nada tan insignificante que pueda uno despreciarlo.

Puesta en el lugar conveniente, y rodeada de los cuidados necesarios, la cosa más pequeña puede convertirse en grande, y la más desprovista de valor puede llegar á ser útil.

Todo agricultor ó jardinero sabe á qué atenerse sobre este punto. ¿Qué puede haber de más débil que nuestras plantas trepadoras? Si se las abandona á sí mismas, degeneran en salvajes, y se convierten en obstáculo al crecimiento de otras plantas más útiles, privándolas de aire y de luz. Pero cultivándolas como es debido, y poniéndoles vigorosos apoyos, compensan abundantemente los trabajos exigidos, ¡Cuán formidable planta fué hasta entonces la viña salvaje! Y, sin embargo, precisamente con ella, la viticultura moderna ha conquistado sus más brillantes triunfos. Desde que se ha aprendido á cultivar el lúpulo, se ha convertido en una de las plantas más importantes y lucrativas.

Cuando se enlaza la viña de la Campania al álamo gigante, se eleva á una altura tal, que el viñador—como dice Plinio—hace su testamento antes de la vendimia, porque ella se encarama como si no tuviese límites en su desarrollo, y se hace tan potente, que ninguna fuerza es capaz de separarla del apoyo que la sostiene. ⁽¹⁾

(1) Plin., 14, 3 (1), 1.